

Notas sobre la política española en Cuba

*¡Por la libertad del hombre se pelea en Cuba
y hay muchos españoles que aman la libertad!*

JOSÉ MARTÍ

Ignacio Sotelo

NO HARÁ FALTA INSISTIR EN LOS ESTRECHOS VÍNCULOS familiares, culturales, económicos, que unen a España con Cuba, no sólo la última colonia en el continente americano, sino además aquélla en la que hubo una mayor presencia española que no cesó con la independencia, gracias a la emigración en la primera mitad del siglo XX. Estas notas sobre las relaciones políticas entre España y Cuba durante los últimos cuarenta años han de leerse teniendo como telón de fondo el hermoso libro del historiador cubano, Manuel Moreno Fraginals, *Cuba / España España / Cuba, Historia Común* que, justamente, acaba con las palabras siguientes: «El hecho concreto fue que la guerra de Independencia y la intervención norteamericana en Cuba llevaron hacia la definitiva separación política de Cuba y España, pero no cercenaron el proceso de españolización de la sociedad cubana. Es después de proclamada la república de Cuba que las sociedades regionales españolas alcanzaron su más alto nivel, los anarquistas dominaron el movimiento obrero cubano (especialmente en el tabaco) se fundó la Hispano Cubana de Cultura, y el gallego siguió siendo el personaje clave del teatro vernáculo cubano. La estatua de José Martí, que encendió la guerra y declaró que no era contra su padre valenciano ni su madre canaria, quedó en una plaza limitada, entre otros edificios, por el Centro Gallego, el teatro del catalán Payret, el Centro Asturiano y la españolísima Manzana de Gómez»¹.

¹ Manuel Moreno Fraginals, *Cuba / España España / Cuba, Historia Común*, Crítica, Barcelona, 1995, págs. 299-300.

La nación cubana se levanta sobre un trípode de tres culturas muy distintas, la española, la africana y la norteamericana. Nada se entiende, si no se es consciente de las formas en que se sincretizan, a la vez que mutuamente se rechazan, la española con la africana, ambas con la norteamericana. De ahí las tensiones y desequilibrios, pero también la enorme originalidad creadora que esta combinación produce. Pocos pueblos, como el cubano, tan conscientes de su identidad, de ser sí mismos, precisamente, por ser tan diferentes de los demás. El haber sintetizado elementos tan contradictorios es fuente de orgullo, pero también de padecimiento. No es mi intención entrar en el análisis de una nacionalidad tan compleja, máxime cuando hoy está escindida y encara un futuro nada halagüeño. Lo único que me importa resaltar es que los 40 años de ruptura revolucionaria, lejos de haber favorecido una síntesis armoniosa, ha radicalizado diferencias y antagonismos entre estos tres orígenes: el odio racial se ha asentado en zonas muy profundas de la personalidad del cubano, a la vez que se han afianzado los elementos culturales españoles y norteamericanos, pero marcando entre ellos una mayor distancia. El cubano ama, a la vez que odia, al español y al norteamericano que lleva dentro. Por eso, al sentirlos parte de sí mismo, los denuesta a veces con furia. Echo en falta un libro como el de Moreno Fraguinals que con el mismo conocimiento y objetividad se ocupe de las relaciones cubano-norteamericanas a lo largo de estos dos últimos siglos. El desarrollo político y económico de Estados Unidos fascinó primero al cubano más abierto a la modernidad, y lo asustó después; el libertador dijo haber vivido en el interior del monstruo y conocer sus entrañas. El cubano sabe que está dispuesto a tragarse la Isla, pero también ha aprendido dolorosamente que es imposible vivir, dándole la espalda. La geografía y la historia marcan rutas que no se pueden abandonar. El nacionalismo cubano se fragua en el siglo XIX en la lucha contra España, pero se cimenta en la primera mitad del XX con el afán de emanciparse de la segunda metrópoli. Para poner de relieve los dos tipos de nacionalismo que producen, habrá que estudiar con cierto detenimiento las formas de dominación de las dos metrópolis. Mientras la Cuba revolucionaria se agota en el empeño vano de decir no al gigante del norte, hasta el punto de que el núcleo fuerte de su ideología consiste ya tan sólo en un nacionalismo antinorteamericano, la masiva emigración que el régimen de Castro ha expulsado a Estados Unidos produce el efecto contrario: ha acercado a cubanos y norteamericanos de una manera impensable hace medio siglo. Una convivencia que, además de crear abundantes formas sincréticas —el cubano ha sabido aculturarse muy bien en Estados Unidos— disipa no pocos temores y malentendidos. El resultado paradójico es que la Revolución, lejos de haber producido un corte radical con la cultura norteamericana, ha contribuido de manera decisiva a robustecer vínculos y contactos. El que la población se distancie cada vez más del régimen de Castro se traduce en simpatía por el coloso del norte. Pudiera ocurrir que hoy al yanqui se le vea con ojos más críticos en Miami que en La Habana.

Como no podía ser menos, los cuarenta años de Revolución también han modificado sustancialmente las relaciones con España. Pero antes de entrar

en el tema, permítaseme un pequenísimo paréntesis para advertir que una revolución que dice durar cuarenta años confiesa con ello su fracaso. Una revolución cumple si en un plazo corto logra romper con lo viejo y deja que se desarrolle una nueva normalidad que será ya posrevolucionaria. Después de los años de derribo del «antiguo régimen», el período napoleónico es ya el de la consolidación del nuevo orden burgués. Sea cual fuere la designación correcta de un proceso que dura ya más de cuarenta años, evidentemente, no es la de revolucionario la que mejor le cuadra. Pero, para no perderme por la frondosa selva de la sociología de la revolución —ahora que cunde el bulo de que ha acabado el ciclo de las revoluciones es cuando más urge estudiarlas— utilizaré el término oficial de cuarenta años de revolución, a sabiendas de que es incorrecto. Con esta advertencia, habrá que empezar a hablar de las relaciones entre España y Cuba en el período revolucionario.



Decíamos que la independencia, con la salida de la Isla del ejército y de la administración civil —se quedaron muchos soldados y pequeños funcionarios que ya había hecho su vida en Cuba, entre ellos, el padre de Castro— lejos de interrumpir el proceso de españolización de la sociedad cubana, no hizo sino cambiarlo de sentido. En la primera mitad del siglo XX nos topamos con la presencia más vívida y original de España en Cuba. Porque la España que se ha eclipsado es la que representaba un Estado mediocre, con sus empleados públicos corruptos y sus militares despiadados, que caricaturiza la novelística cubana de los últimos decenios del siglo XIX. La España que llega con el nuevo siglo es la del emigrante, proveniente de los sectores sociales más bajos, y que todo tiene que hacerlo con su propio esfuerzo. Algunos llegan a sobresalir por su audacia y capacidad de trabajo y se enriquecen. El político republicano español, Marcelino Domingo, que a finales de los años veinte dedica un libro a Cuba, observa que en el trasatlántico inglés en el que hace el viaje, «los españoles constituían casi todo el pasaje de tercera. Eran emigrantes proletarios. No eran hombres de ciencia que en un intercambio de valores culturales España mandaba a América; no eran grandes industriales, como estos industriales norteamericanos, alemanes e ingleses que vienen a España a descubrir nuestros yacimientos mineros o a explotar nuestros saltos de agua; no eran ingenieros, como esos ingenieros belgas y franceses que van de una parte a otra del mundo. Eran emigrantes proletarios. *España ha descendido a la categoría de los países que sólo sirven para llenar el hueco que el trabajo manual deja vacantes*»². Es un nuevo tipo de español, sin poder político ni social, pero con mucho contacto con la gente, que conservan incluso los pocos que se enriquecen. Estos españoles que trabajaron en compañías norteamericanas o

² Marcelino Domingo, *La Isla encadenada*, Editorial Mundo Latino, Madrid, s.a., pág. 33. El subrayado es mío.

cubanas, pero que lograron también poner en marcha negocios prósperos, han dejado su huella habanera en los magníficos edificios de los centros gallego, asturiano, catalán. Vísperas de la Revolución, un millón de españoles vivían en Cuba y ellos son los que habían mantenido la imagen esta vez de una España real que sustituía con ventaja a la fenecida España oficial. Importa tener muy presente esta segunda fase de españolización de la Isla, porque muchos cubanos de hoy son los descendientes de aquellos cientos de miles de españoles que emigraron en la primera mitad del siglo XX. En su novela-documento, *Gallego*, Miguel Barnet ha descrito a este tipo de emigrante.

Conviene rescatar dos constataciones que hace en su libro Marcelino Domingo. La primera, tan obvia como olvidada, que si el español emigra a América, es decir, preferentemente a Cuba y Argentina, es porque estos dos países han adquirido un nivel de renta muy superior al que tenía la España de entonces. La segunda, que el español de clase baja que configura la nueva presencia española en América, nada tiene que ver con el funcionario, militar o civil, de los tiempos de la colonia. Típico de la incapacidad del Estado español, recalca Marcelino Domingo, es que no supiera utilizar a estos cientos de miles de españoles tan enraizados en la sociedad cubana y que, si la España oficial hubiera tenido, que no fue el caso, alguna política respecto a su antigua colonia, le hubieran sido muy útiles.

Con las anteriores consideraciones creo que han quedado expuestos los elementos que, vísperas de las Revolución, definen las relaciones entre España y Cuba, y que cabe resumir en los siguientes puntos:

1. La presencia española en Cuba es importante, no sólo por un pasado común que marca con su impronta a la sociedad cubana —lengua, religión, costumbres, en fin, virtudes y defectos— sino, principalmente, por el millón de españoles que viven en la Isla, muy enraizados socialmente y que constituyen así los vasos comunicantes que mezclan españolidad y cubanidad.
2. Si comparamos la economía cubana y la española en 1959 —no hay que olvidar que la guerra civil representó veinte años de retroceso, sólo a finales de los cincuenta España recobra la renta de 1936— Cuba muestra una mayor capacidad de acumulación y es bastante más rica. La renta *per capita*, pero también las condiciones sociales, sanitarias o educativas, son en Cuba mejores que en España, incluso el índice de analfabetismo del 23% de la población de España es en Cuba sensiblemente inferior, alrededor del 19%.
3. Los intercambios comerciales entre España y Cuba no tenían mayor importancia, Cuba disponía de dólares para abastecerse en el mercado mundial, preferentemente en el norteamericano, y España no estaba en condiciones de exportar más que turrón en navidades, coñac y algunos vinos a lo largo del año, de modo que para España Cuba cuenta porque absorbe buena parte de la emigración y manda divisas a los familiares que quedan en la Península, o reimporta capitales en los casos excepcionales en los que el indiano regrese a su pueblo.
4. En estas circunstancias, los representantes diplomáticos españoles en La Habana se agotan en la retórica de la hispanidad sin otro interés que

apoyar a los grupos, muchos de ellos vinculados a la Iglesia, que ven con buenos ojos al franquismo, y combatir a los más influyentes que muestran simpatía por los republicanos.

Al triunfo de la Revolución, la sensación por parte de Cuba es de superioridad manifiesta; además de la económica, la que entonces parece más tangible es la política; la pobre y atrasada España sufre un régimen dictatorial católico-conservador, mientras que la Cuba rebelde es capaz de afirmar su autonomía, dispuesta a construir la sociedad más avanzada y progresista, si es necesario, enfrentándose a la primera potencia del mundo. La inmensa mayoría de españoles reciben con júbilo las noticias que vienen de Cuba: las izquierdas porque ven confirmadas sus esperanzas en un nuevo orden más libre y más justo; las derechas, porque creen asistir a la venganza histórica del 98. Gente de nuestra raza desafían a los que vilmente hundieron nuestra armada y se quedaron con nuestras colonias. Cierto que el régimen de Franco subsiste gracias al apoyo norteamericano y que los nacionalistas que llevan en el alma la derrota del 98, con tal de permanecer en el machito, no han tenido reparos en ceder las bases militares, nuevos Gibraltares, que han exigido los norteamericanos, pero todo ello no impide que en el fondo del alma se alegren, aunque no puedan manifestarlo abiertamente. También los españoles de la Isla viven la revolución con el mismo fervor y entusiasmo que la mayoría de los cubanos, aunque pronto resultasen sus víctimas, pero, obviamente, no han sido las únicas. Pocos quedan de ese millón de españoles que vivían en Cuba en 1959; los que pudieron escapar, lo hicieron, y sin nuevas olas emigratorias, el paso del tiempo ha reducido a un par de miles la colonia española.

Cuarenta años más tarde, y no sólo en este punto, el panorama ha cambiado por completo. Los datos socioeconómicos de España y Cuba han dado un vuelco. España es ahora relativamente rica y Cuba ha llegado a un grado de pobreza, de falta de lo más elemental, inconcebible con los parámetros de 1959. La economía española, sin duda por estar cerca de una zona rica, la Europa del norte, con un aporte creciente de turistas, no sólo ha crecido a partir, justamente, del turismo, tan denodado en Cuba a comienzos de la revolución, pese a estar también en las cercanías de un país rico, con una demanda turística ilimitada, sino que ha sabido desarrollarse política y socialmente, de modo que hoy España goza de servicios sociales muy superiores a los que puede ofrecer, pese a la retórica revolucionaria, la Cuba de la escasez, y además, lo ha conseguido junto con las libertades. La legitimación revolucionaria, tantas veces sacada a colación en Cuba, de que el desarrollo social exigiría renunciar a las libertades burguesas, se ha revelado, no sólo falsa, sino incluso contraproducente; sin libertades políticas es más difícil el crecimiento económico, pero no por ello mejora el reparto de la riqueza. Es una primera conclusión que evidencia el desarrollo comparado de España y Cuba en los últimos cuarenta años.

Retengamos algunos datos. España es hoy el primer socio comercial de Cuba y el segunda país inversor. El comercio entre España y Cuba va en ascenso, pese a la falta de divisas y enormes dificultades financieras por las que pasa

la Isla: el 31 de diciembre de 1998 la deuda externa de Cuba, sin contar la contraída con la antigua Unión Soviética y demás países del CAME (Consejo de Asistencia Mutua Económica), ascendía a 11,209 millones de dólares. Las exportaciones españolas a Cuba pasan del orden de los 250 millones de dólares a 400 millones, como media, en los últimos años, lo que supone casi el 25% de las importaciones cubanas. En 1998 el volumen del comercio entre ambos países alcanzó 684 millones de dólares, lo que representa un crecimiento respecto al año anterior de un 10,5%. España exporta productos industriales, a veces, hay que decirlo, repuestos que se muestran inservibles para la maquinaria soviética, y Cuba sigue exportando lo de siempre, tabaco —España consume más del 80% de la producción cubana— y ron, España fue el mejor cliente del ron Havana Club. Lo nuevo es el tipo de intercambio, productos industriales a cambio de productos agrícolas.

En cuanto a las inversiones extranjeras en Cuba hay que empezar diciendo que son un fenómeno todavía muy reciente, la ley que las permite es de finales de 1995, y sobre todo sin cifras fiables, al no publicarse datos concretos, entre otras cosas para evitar reclamaciones de los antiguos propietarios; la llamada ley Helms-Burton representa una amenaza permanente. Se supone que Canadá es el principal inversor, pero muy centrado en proyectos mineros y energéticos. La inversión española, que debe ser la segunda por monto de capital, se caracteriza por su dispersión en proyectos de menor cuantía. Las empresas españolas que invierten en Cuba suelen ser bastante pequeñas, las únicas dispuestas a asumir los altos riesgos que conlleva invertir en Cuba. De las 345 empresas mixtas registradas en Cuba en febrero de este año, 70 eran españolas, es decir, el 20%. El fuerte de las inversiones españolas van dirigidas al sector del turismo y a la industria agroalimentaria; últimamente algo se ha movido en el sector inmobiliario.

En la relación típica entre país desarrollado y subdesarrollado, igual que comercio e inversiones, importa la llamada cooperación y las ayudas, tanto las humanitarias para paliar la miseria, como las técnicas o de capital para promocionar el desarrollo. Existe una Comisión Mixta Hispano-Cubana de Cooperación que supervisa los proyectos en distintas áreas, infraestructuras, recuperación del patrimonio, ayuda humanitaria, formación profesional. Son numerosos los acuerdos firmados por el Gobierno de la nación, los Gobiernos de algunas Comunidades Autónomas y los ayuntamientos, aunque el monto total sea más bien modesto.

La misma dispersión que se observa en las inversiones privadas, se comprueba en las ayudas políticas, aunque en cada caso sean gentes con posiciones políticas y actitudes morales muy distintas. Todo ello lleva a que el español que trabaja en la Isla haya cambiado sustancialmente. Ha desaparecido el tipo de emigrante proletario que llegó en la primera mitad del siglo XX, y hoy el español que nos tropezamos en Cuba pertenece a dos grupos bien diferenciados, los empresarios que acuden afanosos de ganar dinero rápido, sin pensar en quedarse mucho tiempo, y los turistas que pasan una o dos semanas de vacaciones. Ambos grupos lo forman aves de paso que viven, al margen de la

sociedad cubana, en los enclaves reservados para extranjeros. A su vez entre los turistas, mayoritariamente varones, se suele distinguir dos tipos; los que provienen de la España rural, por lo general bastante mayores, que vienen a disfrutar del sexo y, si hubiese suerte, a llevarse una esposa linda y joven dispuesta a vivir en las zonas rurales, confirmando el prejuicio de la preferencia del español por la mulata, y los nostálgicos que quieren comprobar lo que ha quedado de las ilusiones revolucionarias de la juventud. En todo caso, a los cubanos les parecemos los españoles de esta nueva ola, mucho más fugaz y minoritaria, unos nuevos ricos petulantes que se distinguen, tanto por el tono despreciativo, como por la codicia, de sexo o de dinero. La imagen que proyecta hoy el español nada tiene que ver con la que dejó la emigración de la primera mitad del siglo XX. Habla por sí solo el hecho de que sobre los españoles se vuelvan a oír los comentarios y las bromas que cundieron al final de la colonia.

Estos pocos datos pretenden tan sólo mostrar el alcance de los cambios ocurridos en el marco económico, social y político, dentro de los cuales fluyen las relaciones hispano-cubanas. Y los cambios han sido de tal magnitud, por la simple razón de que han sido España y Cuba las que se han transformado en estos cuarenta años de tal forma, que ninguna de las dos sería reconocible para el que las hubiera abandonado en 1958 y, tras una ausencia de 40 años, volviera a reencontrarlas. En base a estos grandes cambios ocurridos, unas veces en España y otras en Cuba, cabe establecer una periodización, que nos permita esbozar una historia sucinta de las relaciones hispano-cubanas en estos últimos cuarenta años.



Punto de partida para la historia de las relaciones entre ambos países es el incidente que en 1960 provoca el embajador español, Juan Pablo de Lojendio, al irrumpir en la televisión durante el discurso de Fidel Castro —como suelen ser largos, dan tiempo hasta para acudir a los estudios— para decirle en la cara —se desconectó la imagen pero se olvidó suprimir el sonido— que estaba mintiendo cuando afirmaba que la Embajada española ayudaba a los contrarrevolucionarios. Cuba expulsó al Embajador español, pero muy significativamente el 28 de enero de 1960 acudió a despedirle al aeropuerto el embajador norteamericano, él también a punto de salir de la Isla.

Las consecuencias de esta expulsión marcaron los años venideros. Sin romper relaciones diplomáticas, Franco dejó vacante el puesto de embajador quince años y cuatro meses, hasta el 18 de abril de 1975, pocos meses antes de su muerte. Pero ello no impidió que el dictador se negase a sumarse al «embargo», empeñado en mantener relaciones comerciales, casi exclusivamente, relaciones de Estado, todo lo intensivas que las circunstancias permitieran. Al día siguiente de la expulsión, se cerró el Centro Gallego y el Hogar Asturiano y empezó el proceso de confiscación de los bienes de los españoles residentes. Los emigrantes, como el resto de los cubanos, vieron cómo se evaporaban sus ahorros. Al exigir España que se indemnizara a sus nacionales,

surgió el primer contencioso grave entre Cuba y España que ha durado casi dos decenios. Se continuó con la expulsión de los curas, frailes y monjas españoles. Pese a todo, Franco estuvo muy interesado en evitar una ruptura de las relaciones diplomáticas y comerciales. Consideraba familiares las relaciones entre España y Cuba, y con la familia, por fuertes que sean las desavenencias, no se rompe. Se han dado diversas interpretaciones a este comportamiento, algunas aluden a la herida del 98, viva siempre en Franco, pero el caso es que dos regímenes que se decían en las antípodas, uno comunista y el otro visceralmente anticomunista, supieron convivir, poniendo de manifiesto que las relaciones entre ambos países no son en modo alguno coyunturales, dependiendo del tipo de régimen que esté instalado en la Isla o en la Península, sino sustanciales y permanentes. El que las relaciones diplomáticas se mantuvieran a un nivel bajo, y las comerciales no sobrepasaran límites muy estrechos, facilitaron el que la España de Franco, tan vulnerable frente a Estados Unidos, pudiera aguantar las presiones norteamericanas para que rompiera con Cuba. Y para Castro significó siempre un respiro que las puertas con España estuvieran abiertas, aunque no fuera más que por no perder la conexión aérea entre Madrid y La Habana.



La muerte de Franco en noviembre de 1975 y el consiguiente inicio de la transición democrática inaugura una nueva etapa en las relaciones hispanocubanas. En los finales de los setenta Cuba se halla ya perfectamente encajada en el bloque socialista y, pese a los acuerdos cuatripartitos sobre Berlín en 1971 y la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa que se celebra de julio de 1973 a agosto de 1975 en Helsinki, la guerra fría sigue dominando las relaciones entre los dos bloques. Aunque se hubiese afianzado la «coexistencia pacífica», las condiciones mundiales no eran las mejores para que España comenzase una nueva etapa en sus relaciones con Cuba. No obstante, la llegada de la democracia a España mejora las relaciones políticas con Cuba: si no cambian de naturaleza, al menos se hacen más cordiales.

Conviene recordar que la España que sale de la dictadura muestra un alto grado de ideologización, no por desfasada, menos vigorosa. La ley del péndulo lleva a exaltar todo lo prohibido o discriminado en el régimen fenecido. Si el anticomunismo había configurado el núcleo ideológico del franquismo, se comprende que ahora predominase la comprensión, cuando no hasta simpatía, por los regímenes comunistas, empezando por el de Cuba que sentíamos tan próximo. Para hacerse cargo de aquella situación, conviene tener en cuenta que entre 1974 y 1976 algunos de los que luego iban a adquirir un protagonismo político en la transición proponen en serio el que la desaparición de Franco se aproveche para dar el salto a una democracia plena, que supere, tanto a las «democracias escleróticas de Occidente», como al «socialismo real», tan ineficiente como burocratizado, y nos instalemos ya de lleno en un socialismo autogestionario. Claro que estas ilusiones duran poco y la transición,

controlada luego desde el interior del régimen, transcurre por los estrechos cauces marcados por la gran potencia occidental y sus aliados europeos.

Cuba queda difuminada en un sueño irrealizable, por la que se tienen todas las simpatías, pero que pertenece a otro mundo. En 1978, el primer presidente de la democracia, Adolfo Suárez, visita Cuba. Es una visita, altamente simbólica y que aplaude toda la izquierda. El primer Jefe de Gobierno de la recién restaurada democracia española restablece con su visita, normalidad en las relaciones hispano-cubanas. Pero aparte de un impacto interno —el antiguo falangista quiere ganar en Cuba una imagen de progresista— el viaje tiene tres objetivos básicos: obtener las indemnizaciones por las propiedades expropiadas a los españoles; sacar de la cárcel a algunos presos políticos de nacionalidad española, Gutiérrez Menoyo era el más nombrado; en fin, contar con el apoyo cubano, entonces Cuba significaba algo en África, a la tesis de la españolidad de las Canarias. Hay un cuarto objetivo que convertía el viaje de Suárez en enormemente sospechoso a los ojos de Estados Unidos: tantear las posibilidades de integrarse de alguna forma en el Movimiento de Países no alineados. De hecho España participó con el status de observador en la Conferencia de no alineados que se celebró en La Habana poco después. Más que en las relaciones hispano-cubanas, que no pasaron de recobrar la normalidad, el viaje de Suárez a Cuba iba a tener graves consecuencias en el equilibrio interno y la política exterior de España. Estados Unidos no podía tolerar que, sin mostrar el menor interés por entrar en la OTAN, España, añorando la tradicional neutralidad española, que Franco había roto en 1953 con los pactos de Estados Unidos, hiciese guiños al bloque de los países no alineados. Y ello, precisamente, cuando la opinión pública se mostraba cada día más contraria a la renovación de los Acuerdos hispano-norteamericanos, exigiendo el desmantelamiento de las bases militares. Pero es éste un capítulo fundamental de la historia de la España más reciente, que tuvo muy distintas implicaciones, desde el intento de golpe de Estado en 1981 al referendun sobre la OTAN en 1986, que queda fuera de las relaciones hispano-cubanas.

En 1979, el jefe de la oposición española, el socialista Felipe González visitaba Cuba, iniciando un nuevo tipo de relación personal con Fidel Castro que va a marcar la siguiente etapa, de casi 14 años, de 1982 a 1996, de Gobierno socialista. Son años fundamentales en la transformación de España —el acontecimiento decisivo ocurre en 1986 con el ingreso en la Comunidad Europea—, pero también en la historia de Cuba, con el derrumbe del bloque soviético (1989-1991). Después del breve inciso que significó la presidencia de Leopoldo Calvo Sotelo, el único presidente de gobierno español que no sólo no ha estado en La Habana, sino que tampoco ha tenido un encuentro personal con Castro. Con la llegada de los socialistas al gobierno en 1982, las relaciones con Cuba recuperan la cordialidad y sobre todo la significación en la política exterior-interior que tuvieron con Suárez. En 1984, el ministro socialista de Asuntos Exteriores, Fernando Morán, visita La Habana, con el objetivo de hacer avanzar los dos contenciosos, el pago de las indemnizaciones y la liberación de los presos políticos —las negociaciones con La Habana se dilatan en

el tiempo, porque sólo se concretan, cuando ya se han agotado todas las vanas promesas y se tiene la sensación de que no se puede sacar más— pero también con una preocupación nueva, moderar a Castro en el conflicto centroamericano, que es la cuestión que en este momento más preocupa a la política española en Iberoamérica.

De la normalización se pasa a las relaciones personales de Felipe con Fidel, pero son unas relaciones llenas de recelos y suspicacias, que no se traducen en un cambio espectacular de las relaciones entre los Estados, que en estos años se caracterizan por ser muy oscilantes, con altos y bajos muy fuertes, enfrentadas constantemente a obstáculos que, o bien tardan mucho en vencerse, o que terminan siendo paralizantes. En julio de 1985, parecía inminente un viaje de Felipe González a América Latina, incluyendo Ecuador, Perú y Cuba, que tuvo que suprimirse, oficialmente, según palabras del Ministro español de Asuntos Exteriores, Francisco Fernández Ordóñez, por haber coincidido «con la remodelación del Gobierno... al Presidente le pareció oportuno aplazar el viaje. No cancelarlo, sino aplazarlo». Aplazamiento que enojó al Presidente peruano Alan García, que creía que la verdadera razón estaba en no querer ir a La Habana en aquel momento. Posiblemente de esta misma opinión era Fidel Castro a juzgar por las palabras con las que clausuró la Conferencia Sindical de los Trabajadores de América Latina y el Caribe, arremetiendo ferozmente contra «la apologetización del 12 de octubre... una de las páginas bochornosas de la historia universal». El declarar «infausta y nefasta» la fecha del descubrimiento de América, poniendo en tela de juicio la hazaña de la que España se siente más orgullosa, es una reacción que no ha faltado cada vez que Castro ha estado en litigio con la política española. Pero tampoco tiene el menor pudor en elogiar la acción de los españoles en América, cuando trata de ganar su voluntad. El pro-hispanismo de Castro puede ser tan entusiástico, como furioso su antihispanismo, depende de la coyuntura y hay que tomarlo tal como es, una forma más de su asombroso oportunismo. El amor a España mezclado de un antihispanismo visceral, además de tener en Castro este carácter instrumental, refleja la ambigüedad del cubano respecto al «español comemierda».

La primera visita a La Habana del primer Jefe de Gobierno socialista español —Largo Caballero y Negrín lo fueron sólo de la parte republicana durante la guerra civil— se retrasó hasta 1986, una vez que, ganando el referéndum sobre la permanencia de España en la OTAN, el Gobierno socialista volvía a tener las manos libres. En los primeros años de Gobierno socialista el problema americano que le había ocupado preferentemente fue el tema de Nicaragua. Felipe González estaba convencido de que avanzar en la solución del conflicto centroamericano exigía, primero, no proponer nada que no pudiera ser aceptado por Estados Unidos; segundo, contribuir a que Cuba se mostrase realista, es decir, moderada; con lo que la solución del conflicto centroamericano de alguna forma se ligaba a Cuba. En lo que respecta a las relaciones bilaterales hispano-cubanas, el primero Gobierno socialista mantiene las dos exigencias —el pago de las indemnizaciones a los españoles expropiados y que se sacara de la cárcel al español Eloy Gutiérrez Menoyo, que había encabezado el segundo

frente de Escambray y luego pasado a la oposición— exigencias ambas que se venían arrastrando desde la visita de Suárez, 8 años antes, y que ahora se elevaban al rango de imprescindible cumplimiento para abordar cualquier otro tema. La visita de Felipe González inició una práctica que dura desde entonces, el intercambio de ventajas económicas por favores, a menudo liberrar a presos políticos o autorización de actos o de instituciones, como por ejemplo, el Centro Español de La Habana, un tipo de relación que en aquellos años también practicaban, aunque en mucho mayor cuantía, los dos Estados alemanes.

Por fin, el 13 de noviembre de 1986, llega a La Habana el primer Presidente socialista del Gobierno español, Felipe González. La visita aparentemente fue un éxito, no sólo por la imagen de buena amistad entre los dos líderes que se proyectó hacia el exterior —la famosa foto de ambos en la Tropicana—, sino porque se lograron los dos objetivos que España consideraba imprescindibles para consolidar la relación. Los cubanos reconocieron la deuda con los expropiados —un antecedente significativo a la hora de resolver el litigio con Estados Unidos— y ofrecieron saldarla con el pago de 40 millones de dólares en 15 años, los perjudicados españoles exigían 300. El 21 de diciembre llegaba a Madrid Gutiérrez Menoyo, después de haber pasado 21 años en la cárcel. Los cubanos, por su parte, consiguieron rebajas en los aranceles para los productos que comprasen en España. Y en efecto, las relaciones comerciales bilaterales volvieron a tener una mayor relevancia, aunque con muchas oscilaciones, y con la dificultad añadida de que la balanza de pagos es siempre positiva para España. Contrariedades que aumentaron al hacerse evidentes las dificultades de pago que tenía Cuba, el país que absorbía el 25% de las exportaciones industriales de España a América Latina, y que en aquel año se declara insolvente.

La visita oficial de Felipe González en 1986, pese a la sensación inmediata de haber sido un éxito, inaugura, en realidad, lo contrario de lo que se presumía, una etapa que se ha caracterizado por un continuo deterioro en las relaciones, hasta el punto de que aquella primera visita oficial de González, se quedó en la única. Y Fidel Castro todavía no ha sido invitado oficialmente a España, aunque haya aprovechado varias ocasiones para pasar por este país, no sólo con motivo de la Cumbre Iberoamericana de Madrid en 1992, sino otras tres veces, en tránsito en Canarias y en Madrid, y después de la Cumbre de Oporto de 1998. Ni Castro ha conseguido ser invitado oficialmente a Madrid, ni el Rey de España, que ha visitado todos los países de América, ha podido aceptar la invitación de Castro para una visita oficial a la Isla.

Las tensiones crecientes entre el régimen de Castro y el Gobierno socialista español tienen un origen claro en la frustración que provoca en ambas partes. Los cubanos no logran mejorar las relaciones comerciales ni las ayudas por encima de límites muy precisos y los socialistas se enfrentan a un muro insalvable, cuando ponen como condición para una mejor relación en todos los ámbitos y niveles el que se respete mínimamente los derechos humanos. Porque en este punto Castro no estaba, y sigue sin estar dispuesto a hacer la más pequeña concesión. Ni la amenaza de suprimir ayudas, ni ofertas atractivas han servido de nada. Si a ello añadimos que los acuerdos de paz en Angola y Namibia, por

un lado, y de Esquipulas, por otro, quitaban protagonismo internacional a Castro, convirtiéndolo en el simple dictador de un pobre y pequeño país latinoamericano, se comprende que la política española en Cuba fuera de repliegue.

Al fin de la década de los ochenta, cuando los socialistas han perdido todas las ilusiones respecto a Cuba, pero también Castro respecto a los socialistas españoles que, desoyendo sus consejos y olvidándose de los devaneos neutralistas, han asumido la pertenencia a la OTAN y han entrado en la Comunidad Europea, se produce el gran acontecimiento, la caída del bloque soviético, que cambia por completo la situación de Cuba, al revelarse lo que realmente era, una economía subsidiada en razón de su valor estratégico para la Unión Soviética. Se inicia así, al comenzar los noventa, una nueva etapa en todos los ámbitos de la vida política, económica y social de Cuba y, por tanto, también en las relaciones con España.



La política española respecto a Cuba parte ahora del supuesto, en el que casi todo el mundo creía, de que sin los aportes económicos y el sostén político del bloque comunista, el régimen de Castro no podrá aguantar mucho tiempo. El dilema planteado es si los dirigentes cubanos van a dejar las cosas como están hasta que se produzca el fin violento del sistema, es decir, si va a prevalecer el modelo rumano, o si, más cautos, preferirán poner en marcha un proceso controlado y paulatino de transición hacia una economía de mercado que saque al país de la escasez que sufre y hacia el pluralismo político y el respeto de los derechos humanos, aceptando que el primer proceso anteceda al segundo. En todo caso, la política española se orienta claramente a facilitar una transición sin grandes traumas. Ello conlleva:

1. Una creciente beligerancia en materia de derechos humanos y libertades públicas, reforzando los contactos con la disidencia interna.
2. El establecimiento de contactos discretos con el exilio, en particular, con los sectores más moderados.
3. Una asistencia humanitaria, por modesta que sea, que contribuya a mitigar las dificultades por las que pasa la población.

Pero se piensa que el factor decisivo ha de ser la presión personal de González sobre Castro para que tolere una cierta apertura económica que permita al menos alimentar a la población, que ya vendrá la política. Felipe González en todas las reuniones internacionales en las que encontró a Castro, no perdió ocasión de tratar de convencerle de la necesidad de empezar lo antes posible un proceso de transición. En Cartagena de Indias, con motivo de la Cumbre Iberoamericana, llegó a creer que el deshielo había comenzado, al pedirle Castro un experto que les ayudase a diseñar un plan de renovación económica, así al menos lo cuenta Felipe González³, tal vez para poder aquilatar

³ En: Manuel Vázquez Montalbán, *Y Dios entró en La Habana*, El País-Aguilar, Madrid, 1998, pág. 485.

hasta qué punto alguna de las medidas propuestas pudieran ser compatibles con el mantenimiento de la Revolución o simplemente para que le dejara tranquilo. El presidente español envía a su ex ministro de Hacienda, Carlos Solchaga, que se hallaba disponible al haber tenido que dimitir por un escándalo del Gobernador del Banco de España. Las propuestas de esta «ayuda» especial española, en el llamado «período especial» las ha expuesto el mismo Solchaga y vale la pena leerle⁴. El hecho es que en la primera mitad de los noventa el amigo de Felipe González fracasa totalmente en el intento de poner en marcha de manera controlada las reformas indispensables. Los cambios efectuados entre 1993 y 1995 —un mercado libre para productos agropecuarios y artesanales, la autorización en determinadas condiciones del trabajador autónomo, y sobre todo la dolarización de la economía cubana— si bien ha permitido sobrevivir, no obstante, son insuficientes para sacar a la población de las duras condiciones de vida, ni mucho menos garantizan un final feliz, pero mantienen incólume el poder de Castro, que puede seguir lanzando discursos de siete horas o sentirse protagonista de la historia, al recibir al Papa.

Valdría la pena estudiar con algún detalle las vueltas y revueltas que ha dado Castro en el decenio de los noventa, son ya diez largos años sobreviviendo, al asumir siempre en el último minuto los remiendos imprescindibles para durar un poco más —se autorizan de manera limitada y controlada las inversiones de capital extranjero o la dolarización de la economía— pero sin permitir que estas medidas se estructuren en una política abiertamente reformista. Todo sería discutible en Cuba, menos el socialismo que, tal como lo entiende Castro, no es otra cosa que el mantenimiento de todo el poder en sus manos. El problema de Cuba es el mismo desde el comienzo de la revolución, cómo sacar adelante al país, sin tocar lo más mínimo el poder absoluto de Castro, es decir, cómo resolver los gravísimos problemas que tenía y tiene Cuba planteados, sin incidir en la estructura de poder personal. Y hay que decir que el caudillo tiene un sexto sentido para percibir en cada medida propuesta el impacto que puede tener sobre su poder omnímodo, y si lo roza lo más mínimo, evidentemente, la medida es «antisocialista». A los ojos del líder máximo, mantener la impresión de que él es alguien y que su obra ha valido la pena, justificaría la miseria y la esclavitud de todo un pueblo.

En un clima de relativo optimismo, bajo la presidencia española de la Unión Europea, una delegación de la «troica» comunitaria visita La Habana, llegando a la conclusión, que pronto se iba a revelar falsa, de que el régimen tenía la voluntad clara de continuar con las reformas económicas y empazar a abrirse políticamente. El Consejo Europeo de Madrid, que tuvo lugar en diciembre de 1995, tras intensa presión española, encarga a la Comisión el que empiece a preparar un Acuerdo de Cooperación con Cuba. Pero en cuanto el régimen respira un poco, gracias a las medidas adoptadas —a finales del 95, se aprueba la última, la Ley de Inversiones Extranjeras— no sólo se

⁴ Carlos Solchaga, «La transición cubana», en: *La Actualidad Económica*, Madrid, Nº 17, octubre 1994.

cortó en seco el proceso de reformas económicas, sino que también se dio un viraje en lo político, recurriendo otra vez a las viejas consignas revolucionarias, con el fin de preparar a la población para una etapa larga de resistencia, política que incluía mostrar mayor intransigencia con los disidentes del interior y romper cualquier contacto con la oposición del exilio. La visita a La Habana del Vicepresidente de la Comisión, Manuel Marín, no hizo más que confirmar los peores temores, decidiendo aplazar a fecha indefinida la negociación del Acuerdo con Cuba⁵. Para mayor desgracia a comienzos de 1996, el derribo de dos avionetas de cubanos de Miami había forzado al presidente Clinton a robustecer el embargo, guardando en el cajón todos sus planes para resolver el conflicto con Cuba. Al fin y al cabo, en la política norteamericana pesan mucho más el millón largo de cubanos en Estados Unidos que los 10 millones de la Isla.



1996 es también el año en que los socialistas pierden las elecciones y en Madrid se constituye un nuevo gobierno conservador, presidido por José María Aznar. Poco antes, el 4 de enero, todavía como jefe de la oposición, había publicado en el periódico *ABC* un artículo titulado, «Cuba hoy», que resume su posición. Dos principios la marcan: «el carácter profundo, esencial de esa relación, que probablemente de entre todas las naciones americanas sólo se produce entre España y Cuba». Segundo, «nuestro apoyo y nuestra solidaridad con el pueblo de Cuba son ilimitados, pero no queremos contribuir en absoluto a prolongar la situación de excepcionalidad que vive esa república... Sólo apoyaremos los acuerdos que supongan avances concretos y verificables para el pueblo de Cuba, y nos apartaremos de las propuestas que puedan contribuir a prolongar la actual situación de la Isla». Se recogían los dos principios que habían informado la política de los Gobiernos anteriores, el carácter especial de las relaciones hispano-cubanas y el afán de contribuir a la democratización de Cuba, pero se introducía un cambio sustancial. En vez de colaborar con el régimen castrista con el fin de conseguir una apertura —política que habían llevado a cabo los socialistas y que, evidentemente, había fracasado— se pretende ahora unirse al combate del pueblo cubano del interior y del exterior para acabar lo antes posible con la dictadura. Nada más llegar al poder, tal vez para mostrar que se había operado un cambio, Aznar pasó de las palabras a los hechos. En la Casa de América de Madrid, un lugar oficial, se presenta la Fundación Hispano-Cubana, que dirige, para mayor escarnio, un diputado del PP, Guillermo Górtazar, que no oculta su objetivo de contribuir a la democratización de Cuba, es decir, al derrocamiento de Castro. Más

⁵ Angel Viñas, «La Unión Europea y Cuba: historia de una acción de estrategia exterior en la postguerra fría». En: Rafael de Juan y Peñalosa, Teodoro Flores, *Temas sobre economía actual*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 1996, págs. 311-359.

grave aún, la Unión Europea aprueba por iniciativa española un posicionamiento común sobre Cuba en el sentido de hacer depender la cooperación del avance en materia de derechos humanos. Al día siguiente, en la duda de si debía romper las relaciones con España, Castro prefirió arriesgar que España fuera la que rompiera, y después de haber dado el *placet* al nuevo embajador español, José Cordech, un buen profesional acostumbrado a negociar, que se distinguía además por su talante moderado, el Gobierno cubano se lo retira con el pretexto de una entrevista que un mes antes había publicado el periódico *ABC*, en la que decía que las puertas de la embajada española estarían abiertas, como siempre lo han estado, a todos los cubanos, lo que de suyo incluía a la disidencia.

Hasta abril de 1998, vacante otra vez el puesto de embajador en La Habana, las relaciones hispano-cubanas pasan por un nuevo período de congelación. El Gobierno cubano emplea una doble táctica, por un lado, un alto grado de hostigamiento a la representación española en la Isla y a todo lo que muestre un carácter oficial. Como primera medida, se paraliza la creación del Centro Cultural de España en La Habana, una concesión arrancada con sumo trabajo al Gobierno cubano por el socialista. Pero, por otro, junto a la hostilidad que se manifiesta frente a las instituciones españolas oficiales, el Gobierno cubano trata de movilizar a su favor a los gobiernos autonómicos, incluido el que preside el fundador del PP, y a los ayuntamientos, en manos de la izquierda, así como trata de influir sobre la sociedad española, partidos de oposición, sindicatos, organizaciones no gubernamentales, pero sobre todo a los empresarios que han invertido en Cuba, cuya situación no se ve en absoluto afectada por el conflicto. Castro está empeñado en hacer pagar a Aznar un precio político interno, aprovechando las simpatías que todavía goza su régimen en España. El Gobierno español, un tanto sorprendido por la virulencia de la reacción cubana, no está dispuesto a dar su brazo a torcer, pero tampoco a potenciar el embrollo. Se contenta con mantener congeladas las relaciones bilaterales y convencer a los demás socios de la Unión Europea para que actúen en el mismo sentido, lo que se alcanza sin mayor dificultad. Pero, bien entendido, desde el supuesto de que estas medidas políticas no afecten en absoluto a las relaciones económicas: se mantienen las facilidades crediticias y el comercio bilateral sigue creciendo.

A pesar de la hostilidad inicial, el encargado de negocios, Javier Sandomingo, siguiendo las instrucciones de su Gobierno, logra mantener los contenidos esenciales de la relación bilateral y, saltando no pocos obstáculos, consigue lentamente ir recomponiendo las bases de un nuevo entendimiento. Poco a poco las cosas van normalizándose. Se reduce notablemente la agresividad verbal, disminuye el hostigamiento a la Embajada, que recupera paulatinamente su actividad normal en la frecuencia, nivel y hasta cordialidad personal en los contactos oficiales, sin que ello impida reestablecer la vieja relación con la disidencia. Se reanudan los contactos telefónicos entre ambos ministros de exteriores, incluso se empiezan las obras del futuro Centro Cultural, cuya primera fase se inaugura a finales de 1997. En la Cumbre Iberoamericana

que se celebra en Isla Margarita, Aznar y Castro no se entrevistan, pero se saludan con una cordialidad que muestra ya a las claras que ambas partes están interesadas en reestablecer relaciones normales.

Los cubanos saben que una buena relación con España es esencial, no sólo desde el punto de vista del comercio y la inversión —el desarrollo del turismo en el que cifran grandes esperanzas depende en buena parte de la colaboración española— sino por el papel clave que desempeña España en las relaciones de Cuba con la Unión Europea. Pero, además, así como Cuba es en España una cuestión de política interna, también lo es España en Cuba y los cubanos no entienden ni menos aceptan la hostilidad continua y no justificada contra nuestro país.

El Gobierno del PP se convence de que ha sido excesivo el precio político que ha tenido que pagar en el interior por su política cubana, máxime cuando esta política de mayor agresividad frente a Castro, no sólo ha sido una fuente inagotable de críticas, creando incluso un cierto malestar entre los aliados catalanistas (CIU) y sobre todo entre el empresariado que ha invertido o quiere invertir en Cuba, sino que también se ha saldado, como antes la socialista de colaboración, con un fracaso total en lo que respecta a avanzar en la apertura del régimen. Un papel decisivo en el interés español en mejorar las relaciones políticas con Cuba lo desempeñó el hecho de que la próxima Cumbre Iberoamericana se celebraba en 1999 en La Habana y España considera esencial para su política en Iberoamérica el éxito y continuidad de estas reuniones.

La visita del Papa en enero de 1998 aporta el pretexto que faltaba, al abrir unas expectativas de cambio y de apertura que, aunque luego resultaron ilusorias, entonces eran ampliamente compartidas. No se quería empezar este nuevo período de la vida cubana que se pensaba que inauguraba la visita papal, sin que España estuviera en su sitio. Si a esto le añadimos que había que impedir que la política con Cuba fuera objeto de litigio y costase votos en las elecciones de marzo del 2000, se comprende que dos años antes se diese la crisis por terminada con el nombramiento de un nuevo embajador en La Habana. Como prueba de buena voluntad, el Gobierno español auspicia el viaje a Cuba de una delegación de la patronal (CEOE), presidida por su presidente, tal vez desproporcionada en tamaño y rango, si se tiene en cuenta la modesta inversión española en Cuba en términos absolutos. Tras la Cumbre Iberoamericana de Oporto en 1998, Aznar recibe a Castro en el Palacio de la Moncloa. A partir de ahí, el «entusiasmo del reencuentro» desbordó todas las previsiones. La derecha que hasta entonces había sido la única que se había destacado por su crítica al régimen de Castro, fascinada por el fantasma de la inversión, se aliaba con la izquierda en la política de acercamiento a Cuba. Aunque siga aparcado el Acuerdo de Cooperación entre Cuba y la Unión Europea, España apoya la pretensión cubana de ingresar en el tratado de Lomé.

El entusiasmo de 1998 ha dado paso a una actitud más sobria y desapasionada. La Cumbre Iberoamericana de La Habana se ha celebrado sin grandes problemas, las ausencias en parte se han debido a la detención londinense de Pinochet. Como no se espera que el régimen se abra a corto plazo, la visita de

los Reyes de España se aplaza indefinidamente. La visita en marzo del 2000 en Madrid del vicepresidente cubano del Consejo de Estado, Carlos Lage, en la que se ha reiterado el apoyo de España al ingreso de Cuba en el grupo de países del Tratado de Lomé, confirma la normalización de las relaciones hispano-cubanas. Las relaciones con Cuba han vuelto a una normalidad plena, pero ya no interesan a nadie. Cuba ha desaparecido de los medios españoles y su impacto en la campaña electoral previa a las elecciones generales del 12 de marzo ha sido nula. Incluso el sector empresarial parece haberse convencido de que mientras dure la situación actual el atractivo de Cuba, como socio comercial o como destino de las inversiones, es muy limitado. En todo caso, desproporcional a los riesgos que se corren. Las relaciones bilaterales se han normalizado, pero están estancadas en la inanidad, a la espera de que algún día ocurra algo en Cuba, aunque no sea más que la muerte del dictador. Entretanto el único interés español consiste en evitar nuevos encontronazos y seguir manteniendo un diálogo a tres bandas, con el régimen, con la disidencia y con el exilio que permita sustentar la capacidad española de interlocución en el futuro. Y, junto a ello, continuar con la ayuda humanitaria y con las líneas establecidas de cooperación, de modo que algo contribuyamos a la creación de un tejido social que permita un día el surgimiento de una incipiente sociedad civil.